

se gastó en el viaje. Educación, como sabes, sólo me ha pagado doscientos setenta y cinco pesos; y, por último, el Consulado de México me ha pagado cien dólares. Esta es otra historia: Padilla, gracias a una gestión de Valadez y Bodet, pensó que podría trabajar algunas horas en el Consulado, con un sueldo de cincuenta dólares al mes. (Empleado auxiliar: ese es mi destino, en todos los sentidos de la palabra). Desgraciadamente no he recibido el dinero de 1944; sólo he cobrado noviembre y diciembre y tengo mis sospechas de que ya no cobraré un centavo más. El género de vida que aquí lleva el Cónsul me lo hace pensar así. (El sueldo se me “paga” de los gastos extraordinarios del Consulado y el señor Cónsul los tiene en exceso). En suma, doscientos cuarenta dólares, en cuatro meses: sesenta dólares mensuales. Mi beca es de 165 (dos mil anuales); por lo tanto, he vivido con mi familia a razón de doscientos veintiocho mensuales. El sueldo medio de un obrero —y todos trabajan, el marido, la mujer y hasta la abuelita— es de trescientos dólares. Mi situación es bastante envidiable. Ya no recibiré el dinero de la Bancaria (sólo era por tres meses). Tampoco el de Educación y muy probablemente ni el del Consulado. Yo había pensado vivir con doscientos treinta y cinco dólares, es decir lo mínimo: mi beca, cincuenta del Consulado y veinte de Educación. Gustosamente prescindo del dinero de Educación: no quiero empobrecer a la Nación, además de que me parece una inmoralidad que mientras mis amigos ganan mil pesos yo pretenda, sin hacer nada,

ganar cien. No hay por qué molestar a Pellicer —al pobre el Gobierno nunca le pagó un viaje y esa es una de sus amarguras— ni menos a Torres Bodet: responderá, y con toda razón, que ya tengo bastante con los cincuenta dólares que no me paga el Cónsul —y con la pequeña obligación de pronunciar discursos en cada fiesta que organiza con una diligencia que más aprovecharían los braceros—. Olvidaba decirte el nombre del Cónsul: don Alfredo Elías Calles.

Esta carta ha resultado mezquina, es cierto, olvídala y olvida también a tu amigo, que prefiere siempre leer tus poemas a tus oficios. Hace años, cuando empezaba a escribir, Novo —que aún no escribía su *Diario de Entradas y Salidas*— me dijo con cierta melancolía: “Me gusta lo que escribes. Ojalá se conserve puro. Y, sobre todo, no acepte empleos. Véase en mí”. Empleos, periodismo: esas son las alternativas. Shelley, por lo menos, tenía una pensión... y genio. Nosotros, ni lo uno, ni lo otro. Pero Vasconcelos dijo una vez que todos los mexicanos teníamos genio a los dieciocho años. Y, yo agrego, después tenemos empleos. Muchos empleos, tantos que ya no queremos tener uno más. Por favor, ya no gestiones nada: me basta con tu amistad y con tu olvido. Cuando te acuerdes de mí lee, si no te arredra, el menos malo de mis poemas: de esas cenizas quizá puedas rescatar una pequeña chispa.

Te quiere  
Octavio Paz

## *Condolencias por la muerte de Jorge González Durán*

A 19 de agosto de 1986

Querida Pina:

Apenas hace dos días, por Jaime García Terrés, nos enteramos de la triste noticia. Estábamos fuera, en Buenos Aires. Anoche José Luis Martínez, al que llamé por teléfono, me contó lo sucedido y me dio tus señas. ¡Qué lejos estamos los unos de los otros! Esta terrible ciudad deshace todos los vínculos y nos aísla...

Ya te imaginarás mi pena. Siempre recordaré la clara inteligencia de Jorge y su rectitud. Tú y él están unidos a un periodo de mi vida que no me será nunca fácil olvidar. Aquellos días de París —los de nuestra segunda juventud— fueron años de aprendizaje e iniciación pero también y sobre todo de amistad.

Salimos en dos días hacia España, pero a mi regreso espero verte y hablar contigo. Mientras tanto, reciban tú y tus hijos las sinceras condolencias de Marie José y las mías, así como nuestro afecto.

Tu amigo  
Octavio Paz